

## Noticiario

### LA ETERNA NOTICIA DE DON QUIJOTE

Conviene forzar ahora los límites de esta sección habitual y no colocarnos frente a las páginas de un libro para brindar de él una escueta noticia, que se sumaría, sin ningún mérito, a las innumerables que acerca del genio de Cervantes y de la vivacidad de su engendro, corren por el mundo, sino buscar la proximidad del personaje mismo, llámese Cervantes o don Quijote, vencedor de la prisión libresca y dueño de esa existencia sin cronología, antes de nuestra vida y después de nuestra muerte que asume la verdad artística.

Porque al escribir estas dos sencillas palabras: «Don Quijote», no se piensa en un título sino en algo substantivo que encarna y define atributos y características y que obliga a recordar la iniciación en los secretos de la lectura, no de su lectura sino de la lectura, dicho en términos generales, meditando en la satisfacción y plenitud que de ella provienen y en la suprarrealidad que en su ámbito se construye, hasta el extremo de mirar con desdén a la cierta, a la única realidad que palpamos y que nos envuelve con sus apremios, desalientos y angustias.

Sería indispensable regresar unos veinte años en el trayecto de nuestra vida y reconstituir el año 1927, ya que si extendemos aún más el lapso del regreso, nos encontramos con la estampa heroica de don Quijote, caballero en briosa cabalgadura, con

sólida lanza en ristre, decorando la niñez de los individuos y de los pueblos, antes de que averigüen con la lectura de la obra, que el ánimo escéptico de su autor le otorgó armas enmohecidas, yelmo desvencijado y rocín grotesco.

Diremos, pues, que en el año 1927 éramos alumnos de don Eduardo Solar Correa, el admirable autor de «Semblanzas Literarias de la Colonia», desaparecido en la vecindad de los años con que nosotros contamos hoy día, creyéndonos unos simples aspirantes al dominio de la creación y de la crítica, y que el maestro nos impulsaba a leer el «Quijote».

Pero antes de exigir su lectura, como era su derecho y su deber, nos explicaba que la obra de don Miguel de Cervantes y Saavedra, constituía la creación sintomática de una época y que en ella se podía observar una maravillosa metamorfosis del espíritu, descubriendo entre sus páginas que Sancho se hacía cada vez más Quijote y que el caballero demacrado y espiritual se iba tornando más realista hasta encuadrarse en la lucidez mental cuando alcanzaba los flancos de la muerte.

Luego la palabra seca, austera, que escuchada hoy con la perspectiva del tiempo, se adivina en exceso culta y erudita para reflejarse sobre la mentalidad adolescente, desordenada, narcisista y bárbara, daba relieve a la inmensa lección moral que encierra la introducción a la segunda parte del Quijote, donde el recluta del tercio de Moncada y el héroe de Lepanto, se fuga por los cauces eternos del espíritu, sin demostrar la huella de sus tormentos y persecuciones, con una serenidad que, necesariamente, debía entroncar en la fábula sonriente de los grandes escritores renacentistas.

Después el maestro explicaba el suceso obvio de que en todo hombre existía una parte de espíritu y otra de materia, en continua disputa y pugna y que Cervantes se había limitado a mostrarnos estas zonas en una simbolización genial y a lanzarlas a vivir, encarnando personajes de un mundo incomprensivo y chato.

Un mundo que, por otra parte, vivía, quisiéramo o no, el encantamiento de las obras de caballería, hijas de Francia y de los países nórdicos, pues todos los personajes que sirven para contrastar, de cualquier modo, los anhelos extravagantes de don Quijote, son lectores o comentaristas apasionados de las hazañas del Amadís, de Tristán, de Merlín y de otros héroes tan valerosos como ideales, hijos directos del Medievo.

Después era indispensable la nutrición de nuestro espíritu adolescente con la lectura de aquella obra ejemplar que hasta entonces sólo conocíamos gracias al comentario erudito, de emoción contenida y por ende para nosotros oculta, de nuestro profesor, y es claro que la fatiga se alzaba desde el principio, como síntoma preciso y demostrativo de que la naturaleza humana requiere un proceso de capacitación en el terreno del pensamiento para distinguir con nitidez su íntima contextura y aquel sentido imponderable cristalizado por el genio, como valor artístico interpretativo y permanente.

La frase larga, melodiosa y sencilla, como el agua que brota de la fuente y corre por la tierra sin más donaire visible que el reflejo del sol o de las frondas; la parquedad exacta de sus diálogos; la malicia de sus conceptos, llegaban a nuestra inteligencia como esas gamas de la pintura impresionista cuando se miran desde muy cerca, con los ojos inhábiles metidos encima de la tela, donde se coordinan los colores en su estricta inminencia, guardando en sí mismos el temblor y el secreto capaces de crear, a cierta distancia, la realidad sugerente y hasta el sueño.

Y el resultado consistía siempre en una mala nota del maestro o en que nos adentráramos en la obra clásica de España, en su palacio más sobrio y esplendoroso, a través de sus comentaristas ingleses o alemanes.

Era necesario aguardar que corrieran los años y que adquiéramos ese equilibrio inestable, propio del balbuceo cultural y análogo a los primeros pasos del infante, para solazarnos de verdad entre las páginas cervantinas; para deslumbrarnos con

esa prosa mágica que decora el prólogo de «*Persiles y Segismunda*» en cuyo texto el propio Cervantes intuye y habla de su muerte; para entender como Don Quijote defiende su quimera aunque Aldonsa Lorenzo huela a ajos y Sancho realice en la oscuridad de la noche, a la vera misma de su parlamento ideal, una necesidad orgánica muy poco altiva, para apreciar que, a semejanza de los héroes homéricos, don Quijote estaba forjado en tan noble cuño, que podía hacer zapatetas a la intemperie, provisto de una camisa que apenas cubría sus corvas en una extraña presencia de macho cabrío, de simio o de hombre.

También se necesitaba adquirir ese pulso que sólo otorga el continuo equivocarse entre las realidades, nebulosas y zonas abruptas que proporciona la vida misma para apreciar el estilo de Cervantes, el menos literario de todos los estilos, frente al repujado grandioso de un Quevedo, de la hondura metafórica y esplendorosa de un Tirso; del colorismo retórico de un Góngora y Argote, de la angustia metafísica de un Calderón, a quien enjuició Goethe con esta sola frase profunda: «El hombre que se ve obligado a entregarse a sombrías ilusiones y a prestar a la sinrazón una razón artificial» y descubrir en él, la elasticidad viva que no poseen los otros a fuerza de quererla. Esa ausencia de alarde erudito que en Góngora, por ejemplo, constituye no pocas veces un lastre y ese humanismo que adquirió alternando con los hombres en la paz y en la guerra, como soldado cristiano y cautivo de los moros; como héroe sin medalla ni pensión vitalicia y como artista sin fama ni apostura, frente a los grandes de aquella Epoca de Oro. Características venturosas que afloran y refluyen sin prisa por dejar testimonios, sin ánimo vengativo contra una realidad hostil, en su obra primordial «*El Ingenioso Hidalgo don Quijote de La Mancha*», comenzada a los cincuenta y siete años de edad en la cárcel bajo la acusación infamante de malversar fondos.

Conviene señalar tan rara característica y recordar que Cervantes era, según lo creía él mismo, principalmente un poeta.

esto es: un elemento capaz de expresarse en altas síntesis líricas, poseedor, en consecuencia, de la materia capaz de ser arrebatada por el «furor poeticus», coincidente además con los factores temperamentales de su nacionalidad, caracterizada en el curso de la historia de los pueblos como poseedora de un sentido universal de imperio político y religioso.

Sin embargo, el héroe postergado, el poeta sin gloria y el funcionario real sancionado con desproporción a causa de su confianza en los hombres y de su generosidad, se fuga tras la arquitectura de una prosa serena, que junto con expresar la estabilidad del espíritu del hombre, torturado en la mortaja del Medievo y su aplomo sonriente para observar y compartir la aventura caballeresca, retrata toda la melancolía española cuyo sol imperial decae, aunque su propio héroe delate su angustia con esta afirmación enfática: «Yo nací, por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro... Yo soy aquél para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos».

Es allí donde reside, sin duda, la perennidad de la obra cervantina y esa hondura impalpable que la hace símbolo histórico y no lógico o ilógico, humano y no literario o conceptual.